

Asignatura: Comunicación Global: teorías, actores y tendencias
Autora: Deborah González Jurado.
Profesora: Conchita Travesedo
Curso: Máster en Investigación Periodística (2010-2011)

Recensión de artículo, por Deborah González Jurado
“*La Glocalización de la Comunicación*”, de FERNÁNDEZ PARRALT, Sonia, en
ÁMBITOS, nº 7-8. 2º Semestre 2002 (pp. 151-163)

S. 20 de noviembre de 2010

El texto que trabajamos se acerca al doble fenómeno que se produce en la actualidad de globalización y localización simultáneas. Desde mi interpretación personal, la autora del artículo trata de analizar el complejo universo que representa una industria mediática localizada, regionalizada y nacionalizada, fundamentada en bases tecnológicas y sociales del siglo XX, que trata de adscribirse y adaptarse a las nuevas realidades del alcance globalizador de las novísimas tecnologías de la telecomunicación a escala mundial del XXI. Al mismo tiempo, el artículo da algunas pinceladas sobre cómo integra el público de a pie, la información desestructurada que ofrecen espontáneamente los medios a los receptores de la comunicación. Las naciones-estado pierden preponderancia y razón de ser, ante las grandes corporaciones económicas que gobiernan *de facto* nuestro mundo. El público general ha sido testigo últimamente, con motivo del azote de la crisis financiera de Occidente, provocada por la descontrolada actividad de bancos y empresas financieras, del rescate por las arcas públicas de los estados-nación de esas mismas entidades financieras culpables de tal descalabro económico, que afecta tan directamente a la vida cotidiana de la población mayoritaria del ámbito geográfico occidental. ¿Podríamos hablar de chantaje, en lugar de rescate? Y casi mencionaré sólo de pasada, las ya no posibles de esconder contradicciones y paradojas de las supuestas democracias que conforman nuestros esquemas mentales y sociales, aún hoy, pero por las que gran parte del pueblo, hace tiempo vive ya desilusionado o incluso frustrado. Es innegable que los estados-nación, surgidos como paradigma de buen gobierno y avanzada civilización en el siglo XIX, no son ya más que estructuras que se mantienen como esqueletos aún no desmoronados, pero sin vida y sin cuerpo real. Sería muy interesante, según mi punto de vista, una profundización en el espectáculo al que asiste el ciudadano medio ante estas situaciones y los ya de por sí incómodos factores de saturación, desinformación, etcétera, que de hecho llevan a algunos a participar del aislamiento informativo voluntario, sin tener que ser éste, fruto de la ignorancia o de un bajo nivel cultural.

Lo que me resulta muy destacable, y realmente un ejemplo de buen gusto sobre literatura científica escrita al respecto del tema que trata la autora de este artículo, es precisamente la bibliografía que emplea, finamente escogida de entre autores de primerísima línea en la materia, que supieron ir más allá en su visión sobre los sorprendentes fenómenos de la comunicación de masas que se experimentaron en el devenir del último siglo de la contemporaneidad, el siglo XX. Ciertamente, los historiadores ya han separado la etapa histórica de la contemporaneidad, que por consenso científico data sus inicios a finales del siglo XVIII, de las nuevas realidades postmodernas que están haciéndose ya sin duda plenamente patentes en estos comienzos del siglo XXI. Fernández Parralt cita muy apropiadamente a maestros como Marshall McLuhan, que escribió la mayor parte de sus obras más relevantes entre los '50 y los '70, en plena guerra fría, donde reinaron una economía mundial y una geopolítica dividida realmente en tres bloques: comunista y capitalista de fabricación a escala, antagónicos políticamente, pero similares en sus actuaciones a nivel territorial mundial; y el bloque desclasado de los países del Tercer Mundo, a los que el Primer Mundo se ha permitido mirar con cara de perplejidad todos estos años, como si con ellos no fuera la cosa de su pobreza, miseria, guerras... McLuhan reconoció los trazos de una futura globalización de las estructuras instrumentales humanas, mientras los países desarrollados intervenían en las incipientes estructuras políticas recién descolonizadas de los países pobres, para conseguir ventas y beneficios de sus recursos y de sus guerras, y del agónico sufrimiento de grandes lotes de población en el planeta. En fin, no he de seguir por esta vía de mal funcionamiento de las estructuras económicas mundiales, que no se hacen responsables ni de la población humana, la animal, la vegetal, y el resto de la biosfera... ¡Cuánto más difícil entonces resultará para estas estructuras económicas y para las personas que las dirigen (pensemos bien, no será que no tengan auténtica conciencia de lo que hacen), tener compasión y respeto por el aire, la tierra, las rocas, las aguas, por el resto de cosas inmateriales que tienen la Humanidad y el planeta como herencia ancestral.

La autora, Sonia Fernández, hace un recorrido muy ajustado, como ya he dicho, y de primera línea, por autores que sería conveniente estudiar en profundidad si hemos de dedicarnos a la materia, ya que son parte selecta de los que han contribuido en los estudios integrales de los medios de comunicación, abarcando disciplinas amplias y combinadas, como la psicología, la sociología, la antropología, la economía..., y que a veces echaron mano también a la historia general, la historia del arte, etc... Precisas considero para mi formación la lectura de los autores repasados en este artículo que estudiamos, que prometo poco a poco realizar desde ahora. Armand Matterlart, Raymond Williams, Martin Shaw, Kindleberger, Stuart Hall, Herbert Schiller, Anthony Smith, Tapio Varis, Kevin Robins y James Cornford. Otros de los antiguos: Adorno y Horkheimer. Otros que no conocía, como Straubhaar y Alvin Toffler. Más dos españoles a los que ya conocía, pero a los que tampoco he estudiado en profundidad, sino por artículos incluido en obras colectivas: Miquel de Moragas y Manuel Castells. Éste es el aspecto que más me ha impresionado del artículo, su sólida armadura teórica, ya que es una excelente guía historiográfica de los fenómenos de globalización y *glocalización* a los que nos acerca la autora.

Sin embargo, en otros aspectos, me parece que el artículo queda un poco escaso en cuanto a la aportación personal de la autora. Aunque expone al final las características especiales de este apogeo de las telecomunicaciones y la tecnología

digital en Europa, este tema es tratado por la autora demasiado tímidamente a mi juicio, por basarse exclusivamente en las iniciativas del Libro Blanco de la Unión Europea que es, al fin y al cabo, un marco jurídico inicial o podríamos llamar casi experimental al que podemos intuir como no definitivo ni en sintonía con la verdadera realidad del caos comunicacional actual, que mezcla indiscriminadamente todas las tendencias, organizadas o individuales, globales o locales, económicas e ideológicas, con la consecuente desestructuración de las mentalidades colectivas, que se transforman y se ven influidas profundamente por este caos, esta torre de Babel en la que aprendemos a fundirnos y a vivir el tiempo presente. Por otro lado, creo que también pierde la oportunidad de desarrollar alguna hipótesis interesante, que requeriría una toma de posiciones bien fundamentada e ilustrada con fenómenos sociales recientes, que muy bien podía haber tomado la investigadora como referencia. Me refiero al párrafo final, ciertamente muy efectista del *“problema de un nuevo tipo de soledad”*, citando a la autora, ya que los medios pueden imitar al ser humano y a la naturaleza, pero *“nunca podrán sustituir el verdadero contacto físico del ser humano”*. Efectista, pero abandonado y no desarrollado, este último párrafo debería abrir al menos otro párrafo que nos ilustrase más detalladamente otros estudios sobre este problema, resaltado como tal por la misma escritora. Además, tal vez, se echa en falta unas conclusiones mejor elaboradas y un tanto más extensas, ya que el artículo termina de forma un tanto abrupta, como para dejarnos la miel en los labios, y pienso que es en su final, donde debería iniciar la autora una elaboración propia de síntesis o exégesis, o tal vez lo haga en otro lugar.

Y enlazando esto con las conversaciones que hemos tenido en clase, he recordado el término empleado para describir a los adolescentes japoneses víctimas de una nueva enfermedad de aislamiento total del exterior, síndrome o personas *hikikomori*, del que muy recientemente se ha diagnosticado un caso ya en nuestro país. Creo que ahondar en este tipo de consecuencias sociales extremas, que han de tener tras de sí una extensa estela de distintas alteraciones perniciosas, pero también, esperemos, de efectos positivos como el de la posible creación de una nueva conciencia, más tarde o más temprano, de empatía humana universal en la que toda la vida se incluya, una conciencia colectiva tan amplia y tan bondadosa como sea posible, a la que los intelectuales, estudiosos, sabios y otras élites políticas y sobre todo económicas, deberían abanderar, llegando a adoptar responsabilidades plenas para con la consecución de un mundo mejor, que sin duda todos necesitamos. Mejor que nos tachen de utópicos que de desalmados las futuras generaciones.